

Ama al Señor y a tu hermana la tierra como a ti mismo: Tres principios para una Justicia climática

P. Fidel Oñoro, cjm

Decano Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad

Agradezco la gentil invitación para participar en este Congreso Ambiental de UNIMINUTO Rectoría Virtual, un ejercicio de diálogo interdisciplinar que busca generar conciencia y comprometer a la comunidad con la construcción de un mundo sostenible desde la educación, la innovación y la espiritualidad. Este es un espacio organizado por la Dirección de Pastoral e Identidad Misional, liderado por el P. Simón Triana y su equipo. Me alegra que podamos encontrarnos para buscar juntos, meditar y reflexionar sobre un tema que está en el corazón del Minuto de Dios: los desafíos ecológicos de nuestro tiempo.

Se me ha pedido abordar el tema de la "justicia climática".

La justicia climática es un concepto que reconoce —digámoslo de forma sintética— que la injusticia social y ambiental caminan de la mano con los cambios climáticos.

Este concepto parte del hecho de que el impacto de la crisis climática es desproporcionado: quienes menos contaminan son las poblaciones más vulnerables que más sufren sus consecuencias. Por tanto, es imperativo corregir esta paradoja que ha resultado en una profunda injusticia.

Con todo, en esta ocasión no entraré en la fenomenología del problema, sino en la manera de afrontarlo. Quiero sostener en esta intervención la otra cara de la moneda, la positiva: que la justicia climática está tam-

bién interconectada con la responsabilidad moral y espiritual de "amar la tierra como a nosotros mismos".

Por lo tanto, el planteamiento es que el restablecimiento de la justicia —como dirían los profetas bíblicos— requiere de una conversión cultural y espiritual, y no solo técnica.

Quisiera proponer tres principios éticos fundamentales: el amor por la tierra, la responsabilidad y la sostenibilidad.

Pero antes de desglosarlos, permítanme responder a una pregunta.

1. ¿Por qué es importante el tema del amor por la tierra?

Porque todos constatamos que, si bien hasta hace poco dependíamos de la tierra como fuente de provisión del alimento y posibilidad de vida —ella nos da todo lo que requerimos para nuestra humanidad y nuestra evolución—, ahora tenemos que afirmar algo más: junto a este hecho que continúa, la tierra también depende de nosotros.

Desde mediados del siglo XX hemos evidenciado cuánto poder tenemos para destruir esta tierra. Con la invención de la bomba atómica estamos en condiciones de hacer desaparecer la humanidad y todo lo que hace que este sea el planeta cargado de vida dentro del universo, al menos tal como lo conocemos.

No ha habido una situación parecida en los millones de años que llevamos a las espaldas.

Primero dependíamos de la tierra y solo de ella. Ahora la tierra depende de nosotros. Esto debe crear en nosotros un sentido de responsabilidad, un cambio de actitud que es difícil de lograr. Difícil porque no hemos desarrollado, sobre todo en los espacios de reflexión cristiana, un pensamiento sistemático con respecto a la tierra. Diría mejor: no tenemos una ética de la tierra.

No tenemos, sobre todo, con la tierra esa capacidad de relación que, en cambio, supieron sostener otras tradiciones espirituales.

Pongo un ejemplo. Si alguien ha ido a Japón, el impacto que siente un occidental al andar en ella es la relación entre el ser humano y la tierra. La tierra es un jardín, los bosques son de una belleza sin límite, los jardines tienen un orden y una estética soñada, hay un respeto de las personas por la tierra, los vegetales, los animales, que nosotros no habíamos conocido.

Ahora comenzamos a reflexionar porque la situación nos ha obligado, se ha vuelto dramática. Y todos somos conscientes de ello, más allá de los intereses económicos que impiden una visión real del problema. Porque esta es la verdad: hay poderes económicos que nos impiden leer la gravedad del problema. Pero más allá de esto crece la conciencia de la necesidad de un cambio de actitud con respecto a nuestra relación con la tierra.

Este tema ha comenzado a ser esbozado en el espacio cristiano apenas hace unas décadas. Curiosamente, no a nivel católico; en el mundo católico hubo una especie de retardo con respecto a este tema. De hecho, el mundo católico ha tenido otras urgencias, pero este de la responsabilidad, de la salvaguarda del mundo, del cosmos, de la creación, se volvió tema central en los años 80.

La expresión "salvaguarda de la creación" o "cuidado del cosmos" aparece en los textos

del Concilio Ecuménico de las Iglesias en los años 80.

En vano buscamos en documentos del magisterio de la Iglesia católica un verdadero y propio texto inspirado sobre este tema antes de ese período.

La novedad del Papa Francisco

La novedad la trajo el Papa Francisco. Entre sus primeros textos nos dejó un escrito que comienza con las palabras del cántico de las criaturas de san Francisco: *Loado seas mi Señor por el hermano sol...*

Se trata de la encíclica *Laudato Si'*: una encíclica extraordinaria que, podemos decir, a nivel de pensamiento mundial sobre este tema ha puesto a la Iglesia católica al frente con una capacidad de exhortación y una invitación a un verdadero cambio, ofreciendo diversas motivaciones.

Pero, además, la encíclica introdujo una nueva manera de ver las cosas que busca que todas las comunidades cristianas tengan esta sensibilidad que conduzca a una revolución en la actitud de la cual depende la vida del planeta, el futuro de la humanidad y de nuestras generaciones futuras.

Del iluminismo a la justicia integral

Podemos agregar que a partir del siglo XIX se ha buscado un camino, sobre todo a través de ideologías, que pudiese llevar a la afirmación de tres grandes valores que eran cristianos, pero que, sin duda, en cierto punto, fueron apropiados por el iluminismo: libertad, igualdad y fraternidad. Es la tríada del iluminismo y de todo un pensamiento político que nace entonces y que ha dado grandes frutos hasta hoy.

Para que fuese posible la libertad y la igualdad,

hemos tenido movimientos que han atravesado la historia y que han hecho caminar a la humanidad, aun dentro de muchas contradicciones. Pensemos sobre todo en lo que ha significado, bajo varias modalidades, el socialismo. Ha sido una utopía que apuntaba a la igualdad, que buscaba mayor justicia y plena libertad entre la humanidad. En nombre de esta ideología la gente ha librado su batalla, de la cual ustedes mismos pueden dar testimonio vivo porque han visto sobre toda la tierra este movimiento portador de libertad y de justicia.

Con todo, la experiencia fue dramática: el socialismo real en algunos países, comenzando por Rusia, nos ha hecho caer en cuenta de que, a pesar de la bondad de las ideas que se perseguían, también hizo posible una barbarie terrible, como todos conocemos, sobre todo en los Balcanes y con la caída del muro.

En este contexto, la idea de la justicia social ha sido llevada adelante por ideologías y también por el catolicismo. La Doctrina Social de la Iglesia lo muestra. El último texto cumbre de esta batalla fue la encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI. Extraordinaria, actual todavía, y de ella el Papa Francisco trata continuamente de nutrirse.

Sin embargo, este ha sido un magisterio de la Iglesia que no fue continuado con la misma fuerza por los Papas sucesivos.

El despertar de la conciencia ecológica

Al lado de esto ha nacido un movimiento de atención a la tierra. Es difícil, al menos por ahora, ver exactamente su fuente. Ciertamente la evolución tomada por la sociedad industrial en Occidente, con algunas derivas ecológicas verdaderamente empobrecedoras y mortificantes para la vida, nos ha hecho interrogarnos y lo sigue haciendo.

En nuestras ciudades el aire es tan insano que, con frecuencia, aun sin ser conscientes, desarrollamos enfermedades derivadas de esta contaminación. En algunas zonas industriales estamos haciendo procesos judiciales para establecer qué ha constituido cierta industrialización, y la han pagado caro los obreros con enfermedades y muerte.

Sin duda esto ha despertado una sensibilidad ecológica.

Creo que algunas corrientes de pensamiento del Extremo Oriente asumidas en Occidente, que tenían otro tipo de relación con la tierra, han ayudado a esta sensibilidad.

Algunos Padres del Oriente Antiguo como Isaac el Sirio o San Basilio, o en Occidente San Francisco, han estimulado esta sensibilidad después del encuentro con personas que tenían su fuente en el Oriente. Son personas que nos han despertado planteando interrogantes que hoy son urgentes.

De ahí que la respuesta de Francisco con la *Laudato Si'* sacuda al mundo. De hecho, la encíclica es citada por todos los gobiernos que proponen políticas respetuosas sobre el clima y la salud del planeta.

Amarás a la tierra como a ti mismo

Quiero subrayar, no frases de dicho texto orientador, sino indicar qué puede significar hoy el "amarás a la tierra como a ti mismo".

Tenemos una bella tierra. Nadie duda que Colombia tiene una gran riqueza ecológica. Vivimos en una de las regiones que reclama una gran atención y responsabilidad sobre la tierra. Porque no es homogénea: hay un reto de cultura, de relación con la tierra, de cuidado de la tierra.

2. Los tres principios éticos

2.1. Ama a la tierra como a ti mismo

Este mandamiento no está en el decálogo. Es una reformulación de una frase del P. García Herreros, que a su vez hace eco de un mandamiento: Ama al Señor tu Dios y a tu hermano el hombre.

Es el núcleo esencial de la revelación que el texto que llamamos La Biblia nos pide. ¿Qué quiere decir? Conocemos el mandato: “Amarás al Señor con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo” como una formulación original de Jesús.

Pero también estoy convencido de que para amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo se requiere amar la tierra, amarla como a nosotros mismos. ¿Por qué? Porque según toda la tradición bíblica, la tierra se llama en hebreo adamah y el ser humano es llamado adán, sacado de la tierra. Una traducción más exacta sería “terrestre”. No es un nombre que Dios le da a Adán. El Adán es el terrestre sacado de la tierra. Esto nos dice que estamos hechos de tierra, venimos de la tierra. Y la experiencia que tenemos es que a la tierra volvemos, nos hacemos tierra.

La tierra como madre

Esto ha hecho que en todas las culturas originarias del mundo la tierra sea llamada "madre". Es un sentimiento que llevamos dentro: personalizamos la tierra. Puesto que venimos de la tierra y ella nos nutre, la imagen mejor para decir algo de la tierra es decir que es “madre”. En esto las culturas ancestrales de América latina tienen razón.

Es significativo que, al interior del cristianismo, donde se tiene miedo de divinizar una creatura —porque esto lo hacían los paganos—, el cristianismo ha desacralizado la naturaleza. La Biblia tiene un recelo profun-

do de que se adore a una creatura. No siempre se tiene conciencia, pero hay que decirlo: “sol” es un término que en todas las culturas indica al dios sol; “luna” es un término que en todas las culturas indica a la diosa luna, sea en el mundo muisca, kogui, egipcio, babilonio, o en las culturas africanas o andinas.

Cuando la Biblia debe hablar del sol no usa el término “sol”. ¿Cuándo dice que Dios creó el sol? Dice: "Cuando Dios creó el gran farol y el pequeño farolito para la noche". Esto indica la función, pero no le da el nombre, por temor a que se divinizara y le hiciesen sacrificios.

La Biblia hace esto, pero no ha impedido que los cristianos hablasen después de “madre tierra”. Y san Francisco concluye el cántico de las creaturas: “Loado seas mi Señor por nuestra madre tierra”. Es una percepción: de la tierra venimos, la tierra nos nutre, nos hace crecer y al final nos recibe en brazos como una madre cuando morimos. Pues esta tierra hay que amarla como una madre.

La tierra como organismo viviente

La tierra no es solo polvo, roca, arena, como pensamos. Es un organismo viviente. Por eso cuando la Biblia se refiere a la tierra dice: “la tierra y todo cuanto contiene”, o “la tierra y todo lo que vive con ella”. En los Salmos escuchamos estas expresiones.

La tierra es una realidad que debemos respetar, contemplar, interpretar y amar. La tierra es esta realidad sublime. Lo sabemos: intentemos caminar por un bosque, mirando la tierra. Sobre una pequeña roca veremos una primula, luego el tomillo selvático que florece, más adelante una flor que no conocíamos. La tierra está viva y todo lo que nos ofrece nos consuela, nos da razones para vivir.

De la naturaleza a la cultura

Luego, la tierra como naturaleza, a través de nosotros, se ha convertido en cultura.

Es natura. Por siglos no fue trabajada y la gente vivía de la recolección. Más de doscientos mil años se pueden calcular en este plan de recoger frutos de la tierra sin hacer un arado. Recogían, y lo mismo hacían como cazadores del mundo animal. Eran nómadas, transhumantes.

Pero, en su camino de humanización, han cambiado su relación con la tierra y la han cultivado. Primero la frecuentaban para comer, luego han hecho una alianza con ella, como una esposa; han hecho una alianza con la tierra, un contrato. Y se han detenido y dado lugar a la cultura estable, habitada, en una gruta antes de vivir en cabañas y casas. Han visto cómo alguna semilla que caía en tierra de lo que comían se convertía en una plantita y que podían tener más de aquel fruto que habían comido una sola vez.

Y entonces han comenzado a poner la semilla bajo un poco de tierra. Luego han entendido que era necesario ponerla junto al agua. Y así ha nacido esta relación estupenda por la cual junto a la naturaleza se establece la cultura. Y hoy podríamos decir que donde está la naturaleza hay cultura, sobre todo el planeta. El ser humano ha logrado esta transformación. El contacto es tan fuerte que se genera una nupcialidad con la tierra. Es la cultura.

La responsabilidad como grandeza humana

Son razones que nos ayudan a entender que la tierra es un organismo, que la tierra está estrechamente ligada a nosotros. La naturaleza no es simplemente como el teatro que tiene un escenario sobre el que se mueven los actores. La tierra es de verdad madre, nuestra matriz. Y con ella tenemos una responsabilidad de la cual somos capaces.

Cuando se habla de la humanidad se dice que es grande porque razona. Es cierto. Se dice que somos grandes porque tenemos una palabra. Eso es cierto. Pero lo que nos

hace realmente grandes, y no una grandeza efímera o vacía, es la responsabilidad.

La tierra es un espacio de co-creaturas. Para un cristiano todos son creaturas de Dios, pero co-creaturas porque estamos juntos. La tierra es dada a todos para que la compartamos, no para que vivamos unos con perjuicio de otros. Y se requiere actuar siempre como una sinfonía, dando a cada uno espacio para vivir, sin que terminemos como patrones absolutos de las hermanas creaturas haciendo lo que queremos.

Los obstáculos actuales

Esto no es ingenuidad. El hecho es que hay mecanismos de mercado, de consumo, que nos impiden una relación con la tierra en la que compartamos el espacio en una relación sinfónica.

Esto sin ninguna ideología. Hay cosas que son evidentes, como que si cortamos todas las plantas faltará el oxígeno y crecerán los desiertos. Esto sin caer en visiones catastróficas que a veces se difunden en los medios, donde a veces se dicen cosas sin que tengamos los recursos para verificarlas.

Lo mismo vale para las fuentes de energía. ¿Por qué no darle prioridad a otras fuentes que generen menos polución? ¿Es porque no hay otras fuentes que sean sostenibles o porque no le conviene a un sector de la producción? ¿Es porque el capital requiere que siga la producción de petróleo y de carbón por encima de otras fuentes?

Una voz del siglo XII que resuena hoy

Encontré un texto que es una perla. Lo escribió un monje francés del siglo XII, llamado Alain de Lille, a quien le dieron el título de "doctor universal". Viendo el desarrollo que tenía el campo en ese momento, anotó:

"Hombre, escucha lo que dice contra ti la

naturaleza. La tierra es tu madre. ¿Es que no sientes la voz de la tierra? Estás todo el día labrando la tierra y no escuchas su voz. Dime: ¿Por qué ofendes así a tu madre? La tierra te está diciendo: ¿Por qué me violentas cuando te he parido desde mis entrañas? ¿Por qué me explotas hasta hacerme rendir cien veces lo que puedo dar? ¿Es que no te bastan las cosas que te doy poniendo toda mi sustancia y tu trabajo juntos? ¿Por qué me lo extraes con violencia? ¿Por qué no me dejas reposar ni siquiera un mes? ¿Una cosecha y enseguida otra más?"

Es un texto del siglo XII y parece escrito hoy. Cuando no había fertilizantes químicos, ni los sistemas intensivos de productividad que practicamos ahora. Conocían la sabiduría de la relación con la tierra que dicta que si la tierra no descansa se vuelve improductiva. Lo decían quinientos años antes de Cristo los redactores de Levítico 25, que regulaban el descanso de la tierra como la forma básica y fundamental de la celebración del jubileo.

2.2. La responsabilidad

Una ética de la tierra requiere en primer lugar el ejercicio de la responsabilidad.

El filósofo alemán Hans Jonas (1903-1993), reconocido como pionero de la ética ambiental y de la bioética, publicó en 1979 *El Principio de la responsabilidad*. Aquí dejó una contribución decisiva a este concepto. Nosotros, puestos de cara a una realidad como la tierra que nos interpela y ante la cual debemos dar una respuesta concreta, tenemos que ser responsables. Porque nos ha sido confiada, como dice Génesis 2,15: "Dios puso al hombre sobre la tierra, en un jardín, para que lo cuidase y lo cultivase". Dos verbos: custodia y cultivo.

Por tanto, nuestra responsabilidad con la tierra es original, es la primera vocación como seres humanos. La naturaleza está ligada a la cultura con un vínculo indisolu-

ble. Entonces el verdadero cristiano sabe escuchar, interpretar el gemido, el lenguaje e incluso el sufrimiento de la tierra, como dice Pablo en Romanos 8.

La tierra como creatura viva

Porque la tierra es también una creatura viva. Pensemos por lo menos en lo que llamamos "humus", esa parte de la tierra que cultivamos, donde plantamos y donde los vegetales hunden sus raíces. De la raíz de "humus" viene "hombre", y también el término "humilde". Humilde es quien está abajo como el humus, pero está lleno de vida dentro de sí.

Pablo dice en Romanos 8,22: "Pues sabemos que la creación entera gime y sufre con dolores de parto hasta el momento presente". Y ¿por qué gime? Porque también espera ser salvada

En el mundo cristiano tendemos a hablar de salvación como del alma. Es claro, se quiere decir la salvación de una persona. Pero una persona es cuerpo. Y todo lo que nos circunda hace parte de nuestra persona. Y por eso el planteamiento bíblico es de una salvación comunitaria: ¿de qué me sirve salvarme personalmente si conmigo no son salvadas las personas que he amado, a quienes he encontrado en esta vida? ¿Ir solo con Dios? Se trata de una vida que incorpora a todos los que han sido la fibra de mi amor, de mis afectos.

"Toda la creación espera ser liberada, salvada, de estos dolores que sufre". Porque es cierto, no logramos captar el lenguaje de la creación. Todo lo creado sufre. Todo lo que muere es parte de nuestro dolor. Sin caer en fantasía, ¿creen ustedes que una planta no sufre cuando muere? Es más evidente cuando se trata de un animal que de una planta. Y vale para todo. Lo que quiero decir es que somos una única creación, somos co-creaturas, estamos interconectados unos con otros. Todo depende de mí y yo dependo del todo; estamos llamados a custodiarnos unos a otros.

El peso de la responsabilidad

Por tanto, la responsabilidad requiere ponderar. Responsabilidad viene del verbo “responder”, sopesar las cosas, darles justo peso a las cosas, para expresarnos en un comportamiento. Según toda la Biblia y la tradición cristiana, somos constituidos en oikonomos, que en griego significa lo que precede a la economía, no solo en sentido financiero, sino como administradores de una casa. De ahí viene el término “mayordomo”.

En la Biblia se habla de una tierra prometida. La tierra prometida no es tanto la tierra de Israel por la que pelean los hebreos. La tierra prometida está delante de mí como la promesa de ser habitable, bella, espacio de fraternidad.

El fundador de los Scouts, Robert Baden-Powell (británico muerto en Kenia en 1941), repetía: “Deja la tierra más bella de como la encontraste”. Una frase sencilla para repetir siempre. Donde quiera que pongamos el pie queremos que reine la belleza, con un respeto total. Si la tierra es tratada bien, estaremos bien los que vivimos y estarán bien los que vivirán. No cuidar de la tierra es una actitud que repercute en nuestras vidas, porque tampoco tendrá cuidado de su familia y su familia tampoco lo cuidará.

La responsabilidad no solo se practica en función de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre nosotros; es también con toda la tierra para que se convierta en un lugar mejor. Nuestra tarea es transfigurar la tierra. Está en juego la vida del planeta. Podemos escoger entre diversos comportamientos posibles en el uso de los recursos de la energía, en el determinar el consumo y la producción, en el habitar el espacio, en la repartición de los bienes y de los recursos destinados a toda la humanidad, no a unos cuantos.

En síntesis, somos llamados a una responsa-

bilidad frente a la calidad de la vida. Hoy somos más sensibles que antes: no solo se calculan los años, se mide la calidad de la vida.

2.3. La sostenibilidad

Una ética ecológica no puede descuidar la relación entre naturaleza y política. No puede darse una ética ambiental que no se apoye en una ética civil, la ética de la polis, de la ciudad. Precisamente este desbalance fue el que dio origen a incorporar cada vez más en las políticas públicas el criterio de la sostenibilidad.

Origen del concepto

Un término que hay que entender bien. La noción de sociedad sostenible, de producción sostenible, de consumo sostenible, es una noción que fue expresada por el Consejo Ecu-ménico Mundial de las Iglesias en 1975, hace cincuenta años, en su quinta asamblea llevada a cabo en Nairobi. Fueron pioneros. De hecho, un año antes, en Bucarest (Rumania), se había realizado la primera conferencia con el tema “Ciencia y tecnología para el desarrollo humano”, la cual concluyó con un llamado a favor de una “sociedad justa y sostenible”. Se dice que fue la primera vez que se habló de sostenibilidad en relación con el medio ambiente y la sociedad.

Desde entonces, el Consejo Mundial de Iglesias (CMI) promueve la sostenibilidad a través de su defensa del cambio climático justo, el fomento de comunidades sostenibles y la promoción de la justicia climática, instando a las iglesias a adoptar políticas y estilos de vida más ecológicos. Además, ha trabajado en temas como la erradicación de la pobreza, la seguridad alimentaria y el desarrollo sostenible a través de su Alianza Ecu-ménica de Acción Mundial. El CMI también aboga por la protección del medio ambiente y la protección de los más vulnerables frente al cambio climático.

Y ha sido el primer gran promotor del concepto de justicia climática, siempre con la convic-

ción de que la justicia es el fundamento de la sostenibilidad.

En 1987, el informe mundial Brundtland¹, emitido por la Comisión Mundial del Ambiente, formuló los términos que han llevado a la asunción de este concepto de sostenibilidad por parte de la comunidad internacional.

¿Qué es la sostenibilidad?

Es la capacidad de satisfacer las necesidades de la generación presente sin perjudicar las necesidades de la próxima generación. Este es uno de los problemas mayores. Consumimos mucho y nos preguntamos qué dejamos a nuestros hijos. No los tengo, pero como si los tuviese, no puedo pensar por mí, por mi generación y basta, encerrarme en un egoísmo. Tengo que pensar qué dejo a la próxima generación. Si continuamos así, ¿los que vienen con qué contarán para una vida decente?

El empobrecimiento que estamos generando lo pueden sentir las nuevas generaciones que tienen dificultad para encontrar trabajo. Y las proyecciones para contar después con una pensión y una asistencia social no son muy alentadoras que digamos.

Sostenibilidad es proyectar el futuro con calidad, no pensar solamente en el presente. ¿Yo estoy bien y eso me basta? Esa es la mentalidad que requiere conversión (en sentido civil).

Del estado de derecho al estado ambiental

Es muy importante que un verdadero estado constitucional de derecho se convierta en un estado ambiental de derecho. Esto implica un nuevo pacto generacional, entendido como un avance en lo que se llamaba contrato social, donde las generaciones futuras sean consideradas por nosotros como ciudadanas futuras necesarias.

Si cometemos errores ambientales amenazamos la vida y la salud de los que vienen, quienes no encontrarán la posibilidad de ver respetado el derecho a la salud, al trabajo, a una vida digna. Es por eso por lo que la sostenibilidad es una perspectiva ética significativa, donde está en juego la dignidad humana. Es la fraternidad con los que vendrán.

“Ama al prójimo como a ti mismo” se puede decir también: “Ama a los que vienen en el futuro como a ti mismo”.

Desarrollo sostenible: crecer con inteligencia

Desde la sostenibilidad es que hay que repensar el desarrollo. Atención, no se trata de una ideología del decrecimiento², como propone Serge Latouche (el padre del decrecimiento económico) y otros. Tenemos que crecer sin frenar la producción, esto es, crecer con inteligencia. Es la inteligencia en el consumo que se contrapone al consumismo, la inteligencia en el administrar los recursos.

3. Conclusión

Todo lo dicho aquí está pedido en el cristianismo. Quizás, y lo admito con vergüenza, no se ha insistido lo suficiente. No sólo en el discurso sino en el cultivo de hábitos basados en estilos de vida más ecológicos que le den cuerpo a la justicia climática.

La justicia climática es viable desde una ética apoyada en tres principios: el amor por la tierra, la responsabilidad y la sostenibilidad. Con esto queremos decir que la justicia climática se afronta subrayando la necesidad de una “conversión” cultural y espiritual, no sólo técnica. Lo cual requiere de una toma de conciencia individual y comunitaria, porque el impacto de la crisis es desproporcionado entre las poblaciones que más contaminan y las más vulnerables. Paradójicamente los que menos contaminan son los que más sufren las consecuencias.

La justicia climática está interconectada con la responsabilidad moral y espiritual de “amar la tierra como a sí mismo”, desde la cual se direccionan las políticas estatales, nuevos hábitos culturales y estilos de vida personales que hacen sostenible el presente y el futuro.

Este es el camino de una humanización de nuestras vidas y de nuestras relaciones. Nos permite promover a los que están en condiciones de vulnerabilidad y desventaja social. Si pienso en mi vida humana y cristiana, la mayor satisfacción no puede ser otra que la de compartir con otro lo que soy y lo que tengo. Este es el gozo de estar en el mundo. Esto es amar la tierra y será una pena tener que dejarla un día. Los que creemos en Cristo tenemos la certeza de una vida plena que supera la muerte, pero también sabemos que el gozo de la vida comienza en esta tierra mientras podemos. Y el gozo está en hacerla viable para todos en el ejercicio responsable de los recursos que compartimos en esta interconexión co-creatural. Este es el cultivo de una fraternidad no sólo con los que ahora habitamos contemporáneamente el planeta, sino con los que vendrán.

Notas

¹ El Informe Brundtland de 1987, titulado originalmente Nuestro Futuro Común, fue un documento clave de la ONU que definió el desarrollo sostenible como "aquel que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias". Liderado por Gro Harlem Brundtland, analizó el deterioro ambiental global y la pobreza, criticó los modelos de desarrollo insostenibles y sentó las bases para políticas futuras, introduciendo la necesidad de equilibrar los pilares económico, social y ambiental.

² Serge Latouche es un economista francés, profesor emérito de la Universidad de París-Sud 11 y un célebre ideólogo y partidario del llamado “decrecimiento”, una corriente de pensamiento que critica profundamente la ortodoxia econó-

mica capitalista y el economicismo. Esta crítica se basa en la certeza de que el crecimiento económico infinito es imposible en un planeta con recursos finitos. La teoría del decrecimiento que él promueve consiste en abandonar la meta del crecimiento por el crecimiento mismo y propone prácticas alternativas que buscan "vivir mejor con menos" a través de la frugalidad y la simplicidad voluntaria. Implica reevaluar los valores consumistas por valores de cooperación, reducir la producción y el consumo, y reducir el tiempo de trabajo para lograr una sociedad con una huella ecológica sostenible y centrada en la calidad de vida y las relaciones personales, en lugar de la acumulación de bienes.



Tomado de: <https://depositphotos.com/es/purchased.html>



Tomado de: <https://co.pinterest.com/pin/64668944646342639/>